que contar. Estaba relacionada con todos los descontentos; habíase captado la confianza de los mas importantes miembros de la *Familia* deportados, y mantenia relaciones ocultas con esa parte indisciplinada de la colonia que estará continuamente en guerra con la autoridad.

Esto se sabia: afirmábase ademas que Maudlin sabia perfectamente donde estaba escondido Smith el Metodista, que habia tirado un pistoletazo al gobernador; pretendian algunos que habia pasado mas de una vez las barreras y tomado el camino de las Montañas Azules, para avisar al matador de bueyes salvages Waterfield, el cual arruinaba las carnicerías de la colonia degollando los rebaños enteros, y vendia la carne tan barata, que los obreros, hartos, no querian trabajar. Estos rumores llegaban a oidos del gobernador; pero no era fácil prender a Maudlin.

Randal Grahame se casó con esta misma Maudlin Wolf; primero para ser libre, y despues para ponerse en contacto por ella con Smiht Waterfield y algunos otros aventureros arrojados, cuyo concurso le era importante asegurarse.

DECIMA PARTE.

EL MARQUES DE RIO SANTO.

I.

EL REY LEAR Y LA REINA MAB.

Al rededor de una hoguera que esparcia sus llamas en medio de un raso formado entre la maleza de un bosque, se hallaban seis hombres reunidos. Este bosque estaba sembrado de algunos árboles desprovistos de toda verdura. La noche era lóbrega, y la vista al seguir la direccion que tomaba la espiral formada por el humo, solo percibia en medio de aquellas tinieblas altos y gruesos troncos enrojecidos por la llama y coronados de algunas hojas marchitas.

Sobre dos estacas clavadas en la tierra se hallaba sostenido un enorme pedazo de kanguroo, el cual: medio asado, esparcia por todas partes los agradables perfumes de su sabrosa fragancia.

Veíase vagamente en la sombra, cuando el viento animaba la llama, el abrumado perfil de una choza, en cuyas

paredes se apoyaban dos ó tres fusiles con cañones negros surcados de sombrías líneas de acero cuyo secreto poseían solo en aquella época las fábricas inglesas.

Los seis hombres formaban medio círculo. Los dos primeros eran Randal Grahame y Fergus O'Breane, que sujetaban su chaqueta de deportados con un cinturon lleno de pistolas.

Seguia despues un jóven de aire grave, casi ascético, que volvia con una mano el improvisado asador para poner en punto el pedazo de kanguroo, acariciando con la otra el forro, muy lustroso por el largo y frecuente uso, de una pequeña Biblia adornada con manecillas de metal. Llamábanle mayor, ó Smith el Metodista. Bajo este último nombre habia sido condenado a quince años de deportacion por robo en una iglesia.

El hombre que estaba sentado sobre la yerba al lado del devoto metodista, tenia una hermosa figura, cubierta en parte de una poblada barba, indicaba suficientemente su oficio de salvage, pues la barba está proscrita en Botany-Bay tan severamente como en Londres, y no hay un solo facineroso convenientemente establecido, que no se afeite la cara con el mayor cuidado.

En aquel pais bienaventurado, donde dos docenas de robos y tres ó cuatro asesinatos bastan apénas para dar a aquellas gentes cierta consideracion, la barba es cosa chocante, pues efectivamente esta da un aspecto feroz y los amables hidalgos de Botany-Bay no necesitan de ello.

El salvage no afeitado que estaba junto a Smith, se llamaba Waterfield, y habia abandonado a Sydney para hacer la guerra a los millares de bueyes nacidos, segun se dice, de tres animales de esta especie llevados en 1790 por el primer gobernador de las posesiones de Australia,

y que de aquella época se han reproducido estraordinariamente.

Waterfield, mozo alto, jóven y fuerte, hacia su estraño comercio de un año a aquella parte, a pesar del gobernador y de los carniceros de la colonia. Estos últimos habian puesto su cabeza a precio.

El quinto personage era casi un anciano. Su fisonomía, pensativa y un tanto satírica, tenia alguna semejanza con la que los litógrafos dan al diplomático frances príncipe de Talleyrand Perigor. Era la misma penetracion de mirada bajo el velo prudente de un párpado medio cerrado, igual delicadeza en el juego de la boca y casi el mismo sello de distincion aristocrática. Debemos apresurarnos a decir que el viejo Ney Braynes, mas conocido con el nombre del *Rey Lear*, no pretendia de modo alguno parecerse en lo demas al ilustre embajador.

Era un pillo atrevido, reflecsivo, sufrido, infatigable. El nombre del *Rey Lear*, que le ha hecho célebre en el calendario de Newgate, le fué dado por su antiguo oficio de actor. Los miembros de la *Familia* pronuncian todavia su nombre con respeto, y Noll Brye el carcelero se rasca a menudo la oreja pensando en las bonitas hazañas de mister Ned Braynes.

El sesto y último era un negro calvo, llamado por esto Absalon, el cual tenia una nariz horriblemente aplastada, ojos blancos y negros, enormes juanetes y cuatro libras de lábios.

Cuando Smith olvidaba el dar vueltas al asador, suplíale Absalon.

Pasábase esto en el bosque bastante claro de Tagle River, a cinco ó seis millas Sudeste de Paramatta, y a unas diez y seis prócsimamente del puerto de Sidney.

Nuestros seis personages parecian impacientes é in-

quietos. Es evidente que esperaban a àlguien, y solo el negro Absalon cuidaba con todo esmero del asado del kanguroo.

—Sabeis, amigo Grahame, dijo súbitamente el matador de bueyes, que gano en la colonia cien guineas mensuales.

—Hasta que la colonia os ahorque, Paulus; lo sé, respondiò Randal.

—Por mi parte, dijo Smith, no puedo decir que hago gran cosa desde que el demonio me tentó para que descargase mis pistolas sobre el gobernador.... pero seria bueno saber si en esta circunstancia está nuestra conducta esenta de pecado....

—Abrid vuestra biblia, mayor, respondió Randal y veréis que los hijos de Israel no desmerecieron en modo alguno del nombre de pueblo de Dios saqueando a los filisteos.

—¡Es cierto! murmuró Smith; mis escrúpulos son a veces ecsagerados, señor Grahame.

—Sois un santo, mayor, dijo el *Rey Lear*. Todos lo sabemos, y estamos convencidos de que por no alejaros del altar cometísteis aquel robo en una iglesia.... Pero, Randal, me parece que vuestra muger tarda mucho en venir.... La marea no espera a nadie y aun tenemos que andar diez y seis millas esta noche.

—Sin duda, respondiò Randal; pero por la misma razon la pobre Maudlin tenia que andar diez y seis millas para venir a reunirse con nosotros.

Hubo un instante de silencio, durante el cual no se oyó mas que el murmullo de la brisa de la noche en las hojas de los árboles, y el ruido enteramente particular que hace e opossum cuando se mece sostenido con su larga cola en una rama, para comunicar a su cuerpo un movimiento de oscilacion y salvar de un salto el espacio que separa a los árboles.

Absalon continuaba cuidando el asado.

—Amigo Randal, dijo Ned Braynes, nosotros hace mucho tiempo que nos conocemos, para que yo no tenga en vos toda confianza. En cuanto a Waterfield, es un buen cristiano. Hétenos, pues, cinco buenos compañeros, con el corazon en la mano; pues Absalon, príncipe de la sangre real de Congo, no está mal entre los hidalgos como nosotros. ¿Pero quién es el sesto? decidme.

Esta pregunta se referia a Fergus, que todavía no habia desplegado sus labios.

El sesto es nuestro gefe, rey Lear, respondió jovialmente Randal.

Los cuatro deportados miraron entonces a Fergus con atencion y desconfianza. El mismo Absalon abriò los ojos una cuarta para ecsaminarle mejor.

Fergus se ruborizó. Su emocion era efecto de la vergüenza, pues no podia pensar sin una profunda repugnancia, que le era preciso valerse de aquellos hombres para llevar a cabo su proyecto. Despues de haber soñado en reales batallas, estaba a punto de perder todo su valor al pensar que tomaba por soldados a asesinos y a ladrones.

Así debia suceder. Un sofista se hubiera consolado, recordando que los compañeros del fundador de Roma eran tambien ladrones y asesinos; que los soldados de Espartacus eran esclavos, manchados con toda clase de crímenes. Pero Fergus no era sofista. Sentia, y aquella revista de su estraño ejército le colocaba a sus propios ojos en la baja posicion de un bandido vulgar.

Pero su idea fija contaba ya dos años de ecsistencia, y un minuto de repugnancia no podia por lo tanto hacerle

abandonar su proyecto. Dominó, pues, al fin, y su voluntad se manifestó indomable y fuerte como siempre.

Los cuatro condenados habian visto su emocion, cuyos motivos estaban distantes de adivinar.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey Lear. ¡Ese gallardo mozo quiere ser nuestro gefe!

—¿Cuáles son sus derechos? añadió Waterfield con un feroz movimiento de envidia.

—Siempre creí, prosiguió Smith saludando a Fergus, cual lo hubiera podido hacer un caballero, que seriamos consultados para la eleccion de nuestro gefe. Esta es una cuestion que nos es permitido discutir.

—Eduardo Braynes y Pablo Waterfield, y vos, mayor ó Mister Smith, dijo Randal levantándose, el asunto que tratamos es sobrado grave para que yo, que os conozco a todos y conozco tambien a este caballero, no os diga y os asegure bajo mi palabra, que el mejor de vosotros no le llega a la suela del zapato.

—¡Cómo!.... quiso esclamar Waterfield.

—No hablo de vos, Pablo, interrumpió friamente Randal; pues no sois el mejor.... Verdad es que valeis mucho porque sois fuerte y no temeis ni a Dios ni al demonio; pero aquí está Smith que es fuerte tambien, que no teme tampoco mucho, y que tiene ademas la ventaja de ser el hipòcrita mas diestro que hay en el mundo; y sin embargo, colocaria primero que a Smith a nuestro jocoso rey Lear, que hace lo que quiere de los demas, que lo adivina todo, y para todo encuentra una salida?

— Ya te veo venir, Randal! interrumpió a su turno Eduardo Braynes riendo; a pesar de tu pomposo elogio ¿nos vas a decir que prefieres a tu protegido?

—¡No me comprendeis, rey Lear!.... y olvidais a Absalon, que no tiene quien le iguale para asar un cuarto de kanguroo y para otras muchas cosas.... Indudablemente le preferiria a vos.... y yo que valgo mas que Absalon, declaro que soy un niño al lado de Fergus O' Breane.

—¡Esas son tonterías! refunfuñò Pablo, descontento por el último puesto que se le asignaba.

—Nadie os quita, Waterfield, continuó Randal, de continuar vuestro comercio durante los doce años que teneis que cumplir.

—¿Así me tratais? esclamó el matador de bueyes colérico; ¡y si os denunciase!

—Quieto, dijo Fergus, pasando por delante de Randal, que se disponia a replicar. ¿De modo que probaria a este hombre que valgo mas que él?

El matador de bueyes se levantó enfurecido.

—Haciéndome ver que tu sangre es mas colorada que la mia, mendigo de Irlanda, esclamó. ¡Por el nombre del demonio! ¿crees acaso que no sé degollar mas que los bueyes?....

Al hablar así habia sacado con violencia de su funda el largo cuchillo con que descuartizaba el producto de sus cazas, precipitándose despues sobre Fergus con la rapidez del pensamiento. Vanamente quiso Randal evitar aquel pérfido y súbito ataque. Faltóle el tiempo, y los dos adversarios cayeron rodando en el suelo, donde se les vió debatirse confusamente un instante. Despues se levantó uno.

Era Fergus O'Breane, que traia en la mano el cuchillo de Pablo.

Habia sido tan pronta aquella lucha, que los asistentes quedaron admirados, escepto Randal Grahame, inmóbi-

les y mudos en el mismo sitio en que estaban ántes. El negro habia dejado su tarea y abria cuanto le era posible sus ojos sorprendidos.

Es mas que cierto que ninguno creia ver a Fergus levantarse el primero. La cara del jóven irlandes, animada por el esfuerzo que acababa de hacer, habia tomado aquella espresion de irresistible imperio que brilló a menudo en torno de su frente en los momentos de gran peligro, como una aureola sobrehumana. Su hermosa estatura se habia enderezado súbitamente, sus ojos brillaban y despedian orgullosos resplandores.

Los cinco deportados creyeron que Pablo Waterfield habia concluido ya su carrera, y no pensaron ni siquiera en socorrerlo, tan dominados se vieron en aquel instante por la imperiosa superioridad de Fergus; pero éste, en vez de abusar de su triunfo, dejó caer el cuchillo, y cruzando sus brazos, dijo con calma:

—Ya ves que valgo mas que tú.

Waterfield se levantó medio estropeado, recogió su arma y comparó al parecer mentalmente la elegante delicadeza de las formas de Fergus, con sus miembros y su cuerpo de atleta.

—Verdad es, dijo con una rudeza en la cual se mezclaban en iguales dósis la franqueza y el despecho; el rayo me abrase si sé como esa mano tan blanca, plantada en un brázo de muger, ha podido pulverizar la mia y hacerme soltar mi cuchillo. Pero así ha sido; no hablemos mas.... Hay otra cosa, añadió con acento mas afable: caballero, puesto que me habeis dejado la vida, a la cual tengo poco apego, si la ocasion se presenta, contad con Pablo Waterfield.

Apenas habian sido pronunciadas estas palabras cuando

se oyó una carcajada aguda, maligna, que les hizo estremecer, y que no hubiera podido dar la garganta de ninguno de los seis deportados. Al mismo tiempo una forma humana, sumamente pequeña y de apariencia realmente fantástica, se deslizó entre Smith y el negro, y fué a acurrucarse cerca del fuego.

—¡La reina Mab! esclamó Eduardo Braynes.

—¡Maudlin! dijeron los otros, acordándose de pronto del motivo de su reunion.

Maudlin se habia colocado al otro lado de la hoguera, enfrente de la asamblea. Sus largos y negros cabellos sueltos por la rapidez de una marcha forzada, caian en desórden por todos lados hasta el suelo. Sus arrugas desaparecian a la claridad vacilante de la hoguera, cuyo rojo resplandor animaba sus mejillas con colores vivos. La huella de los padecimientos y de los años se borraba en aquel momento en su cara rejuvenecida. Era una especie de fugitiva reaccion de sus encantos tan poderosos ántes entre los goces de Londres y eclipsados en la fria tumba de Coal-River. Por algunos minutos volvió a encontrar, sin saberlo, en aquella fantástica media luz, el atractivo olvidado de su animada mirada y de su sonrisa de maga.

—¡Bravo, dijo riéndose! ¡bravo, Pablo! si yo fuera ese caballero os hubiera degollado como a un buey.... Buenas tardes, viejo rey Lear; buenas tardes, mayor Biblia; buenas tardes, hijo cabe ludo de David, honrado y digno Absalon; buenas tardes, Randal, querido esposo mio.... ¿Probablemente deseais algunas noticias? bien; pero estoy muerta y no puedo pronunciar una sola palabra.

Concluido este ecsordio, que pronunció con un tono burlesco y una volubilidad que desmentia positivamente

sus últimas palabras, Maudlin Wolf abrió una caja de lata que llevaba colgada de los hombros en forma de bandolera, y vertió en el hueco de su vestido una pequeña medida de avena, que cernió con todo esmero.

—Vamos, Madlin, tened formalidad, dijo Randal. ¿Qué hay de nuevo?

—Algunas piedrecillas en esta evena, marido mio, respondió gravemente Maudlin. El tratante que me la ha vendido es un ladron.

—Un miserable ladron, reina Mab, apoyó Ned Braynes; ¿pero no nos decis nada?....

—¿No somos todos nosotros ladrones, rey Lear?.... Os diré cuanto querais con tal que me dejeis respirar.... Baby!

Maudlin pronunció este nombre dulcemente y le acompañó con un silbido, y al instante se oyó un pequeño ruido en el bosque. Las enredaderas que colgaban de la bóveda de los grandes árboles y bajaban a entrelazarse casi en el suelo, se separaron para dejar pasar una preciosa yegüecilla de la altura ordinaria de una corza, que despues de juguetear sobre la yerba, fué a meter su graciosa cabeza sobre las rodillas de la reina Mab, y se puso a comer la avena que le habian preparado.

Los deportados conocian muy bien el humor de Maudlin, a quien el viejo Braynes, grande aficionado de Shakspeare, habia apellidado la reina Mab, no tanto por su pequeño cuerpo, como por alusion a su fantástico carácter, para obligarla mas a esplicarse, y así se armaron de paciencia.

Maudlin esperó que concluyese Baby hasta el último grano de avena.

—Echate aquí, gazela mia, dijo en seguida, pues has andado quince millas esta tarde, y tal vez andarás otras quince esta noche.

—¿Es, pues para esta noche? interrumpió con viveza Randal.

—Mucha prisa teneis, marido mio, replicó Maudlin. Me parece que hace un momento estabais mas ocupados en degollaros unos a otros como fieras, que en deliberar como hombres rozonables sobre el pequeño asunto de vida ó de muerte.... Vaya, la carne está ya asada. Si queréis creerme, comed....¿quién sabe si volveréis a probar el kanguroo en vuestra vida?

El negro calvo, presuroso de aprovecharse de aquel consejo, separó prontamente el asado del fuego y lo puso delante de él sobre un mantel de hojas. Smith dejó su bibia para plantar su cuchillo en la parte mas tierna del animal; dejó el espíritu por la carne, y los demas le imitaron.

Miéntras comian, se acomodó Maudlin sobre la yerba, y dignóse esplicar, en fin, su mision.

Hízolo en términos claros y precisos, sin olvidar nada, dando a cada cosa su colorido, y probando que habia sido dificil elegir un mensagero mas inteligente que ella.

—¡Bravo, Maudlin, bravo, reina Mab! esclamó Ned Braynes, cuando hubo terminado.

No puede anunciarse con mas gallardía una buena noticia.

—¡El demonio se lleve a ese guarda-costas! dijo Pablo.

—Nuestro golpe se ha frustrado, murmuró Randal, y no nos queda mas partido que volver a Sydney.

Maudlin habia fijado su penetrante mirada en Fergus, que parecia meditar profundamente.

—El hidalgo no ha hablado todavia, hijo.

Esta indirecta hizo estremecer a Fergus.

—¿Queréis obedecerme? preguntó secamente:

—Sí, respondió Randal.

Los demas vacilaron. Maudlin frunció las cejas y agitó sus piés con impaciencia.

—Por mi parte, dijo al fin el matador de bueyes, no tengo inconvenieńte, pues teneis corazon y buen brazo.

—Nada os esplicaré.

—¡A la buena de Dios! esclamó Ned Braynes; contad conmigo, y os juro fé y homenage por el digno Absalon.

—Yo haré otro tanto, murmuró Smith.

Levantáronse, y Fergus repuso:

—A caballo, señores; es menester que estemos en la costa antes que concluya la noche.

Seis caballos ensillados y dispuestos esperaban a corta distancia de la choza del matador de bueyes, pues la espedicion habia sido combinada con mucha anticipacion, y su incertidumbre fué solamente casnada por el obstáculo imprevisto que Maudlin habia anunciado.

Algunos minutos despues todos estaban a caballo, igualmente que Maudlin, y partieron a galope.

Todavía reinaba la noche cuando llegaron cerca del mar, con la diferencia de que se descubria en el horizonte una línea blanca en la que se reproducia la sombra de las montañas, y la hora del alba estaba prócsima.

La parte de la playa donde la cabalgata hizo alto, estaba completamente desierta; la pequeña banda ató los caballos a los últimos árboles y en seguida marcharon a la orilla del mar.

—¡La señal! dijo Fergus.

Waterfield llevò a sus làbios un cuerno de buey é hizo

resonar tres gritos roncos y compasados qué repitieron los ecos del interior y fueron a perderse en los bosques.

En el mismo instante se vió un resplandor vivo que iluminó las brillantes cimas de las olas, resplandor que apénas visto desapareció.

Los seis deportados se acostaron a la orilla del mar y esperaron.